

Voces entre el mar y el desierto

Antología de cuentos de La Guajira

VÍCTOR BRAVO MENDOZA
(Compilación)

Editorial Orígenes, Bogotá, 2015, 206 pp.

EN EL siglo XVIII hubo en el Reino Unido una interesante polémica entre el pintor y académico (pertenecía a tres academias) Joshua Reynolds (1723-1792) y su colega Thomas Gainsborough (1727-1788). Este último, rebelde con lo esquemático, se apartó de la normatividad en la pintura, por lo que pronto salió de la Royal Academy, que dirigía su mencionado contradictor, para hacer todo lo contrario a lo que exigía el canon en el uso de los colores. La divergencia sobre el arte los llevó a una espinosa relación. Reynolds sostenía que los colores predominantes en la masa de luz de un cuadro no podían ser los fríos, el azul, el gris o el verde, sino aquellos colores que son considerados cálidos y suaves, es decir, el rojo, al amarillo o al blanco amarillento. Este dictamen académico hizo que de inmediato Gainsborough tomara el pincel entre sus dedos y llevara a su lienzo la preeminencia, hasta la saciedad en su obra *Blue Boy*, del frío añil. La academia quedó estupefacta.

En este sentido, voy a comentar el libro *Antología de cuentos de La Guajira*, saliéndome de las frías reglas que se quiere imponer a las reseñas. Es decir, sin el hacha rajaleña, solo con la descripción, porque sucede también que no se puede siempre blandir el perverso mazo crítico de la prepotencia hacia los que crean literatura en una región apartada del clásico canon; hacia los que escriben muchas veces con las uñas, lejos del centralismo de un país que tiene en su eje capitalino la concentración señorial de todo lo institucional. Así que, querido lector, mi reseña es de respeto a los escritores de talento, y relegados de las grandes antologías, esos que viven en la marginalidad de la frontera del Caribe indígena y que buscan, con una propuesta propia, darle presencia a su voz silenciada. Las antologías son consideradas muy retadoras porque crean la tendencia a dar una sola mirada. En

el presente caso, vale la pena hacer referencia a cada uno de los cuentistas seleccionados; dejar a un lado la pereza, pues ameritan, dentro del silencio externo que envuelve su creación, ser visualizados, y más cuando los que incluye el antologador en la obra son solo doce.

La Guajira es un departamento fundado en 1965. Sin embargo, como territorio, su historia literaria escrita se remonta al siglo XIX, cuando Priscila Herrera de Núñez, cuñada del presidente Rafael Núñez, y según lo comenta Víctor Bravo Mendoza en el prólogo del libro (p. 14), publicó *Historia de una noche* (Imprenta de F. Torres Amaya, 1858) y *Un asilo en la Goajira* (Minerva, 1867).

Lo anterior permite entender qué tanta historia ha tenido la literatura en la península del Caribe colombiano. Para hablar de la narrativa guajira se hace necesario mencionar a Eduardo Zalamea Borda, el inolvidable “Ulises” de *El Espectador*, el periodista bogotano autor de *Cuatro años a bordo de mí mismo* (1934), novela moderna de referencia obligada en la literatura colombiana, y quien fuera igualmente, como escritor y periodista, impulsador del joven de Aracataca, Gabriel García Márquez, al publicarle por primera vez algunos de sus cuentos. Gabo también escribió con tema guajiro: *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada* (1972).

Antología de cuentos de La Guajira ofrece un panorama actual con la presencia de doce cuentistas: cronológicamente, el primero es Glicerio Tomás Pana Uriana (Uribia, 1899) y la última es Vicenta María Siosi Pino (San Antonio de Pancho, 1995). En buena parte, la presencia actual de la narrativa en el departamento se debe a la Red de Escritura Creativa Relata, del Ministerio de Cultura en La Guajira. De acuerdo con la información que el libro suministra sobre sus autores, cinco de los seleccionados por el compilador son lo que podría llamarse técnicamente “la formación informal”, y los restantes siete, autores de libre imaginación autodidáctica. De este modo, se puede establecer qué dinámica de escritura de ficción narrativa hay en la regiones y qué tanta incidencia tiene el Estado para

“producir” escritores por fuera de la tradición oral, tan ligada a la historia tradicional de los pueblos vernáculos de escritura tardía.

Antología de cuentos de La Guajira tiene, dentro de sus coordenadas culturales, similitud de temas, y el sueño es uno de ellos. La visión que se produce durante el sueño se convierte en elemento decisorio para plantear lo que podría ser la vigilia de los guajiros. Desde la imagen onírica se define el vivir.

Glicerio Tomás Pana Uriana, quien se distinguió como promotor indigenista y miembro de la Academia de Historia de su departamento, no duda en establecer el sueño en su relato de amor “Chechon, la soñadora”, donde hay doncella, encuentro apasionado de amantes, separación y reencuentros. Entre los subtítulos o apartes de su narración se incluyen “El primer sueño”, “El segundo sueño” y “El tercer sueño”.

Mildred del Carmen Nájera (1981), antropóloga e investigadora de la cocina cotidiana wayuu, miembro del taller de Relata, aborda el sueño en su cuento “Amores duendes”, que llega en una escritura poética, con un estilo de fluidez armoniosa: “La lluvia de hoy me trajo el recuerdo de estos sueños. Un rumor continuo de voces acuáticas sumergidas en parajes desconocidos. Otras veces soñaba vivir debajo del río, en medio de palacios rocosos” (p. 72).

Betsy Barros Núñez (Riohacha, 1963), administradora de empresas que se desempeña como tallerista de literatura, con publicaciones en *Cuadernos Relata*, en su cuento “Desde las sombras” tiene un narrador infantil que sueña al hablar desde lo mágico, en medio de las fallas del fluido eléctrico: “La casa, iluminada entre mis sueños, se hacía oro cada noche y mis manos al despertar parecían retener su fulgor” (p. 80). No hay trama, solo el recuerdo del ayer y el retorno a la casa de la lejana infancia, totalmente destruida, después de treinta años.

En “El encierro de una pequeña doncella”, de la abogada wayuu Ester Cecilia Simanca Pushaina (ranchería El Paraíso, 1975), la tradición guajira está presente. Una doncella, Iiwa-Kashí, es encerrada por las mujeres que la preparan para su pubertad. El sueño entra

RESEÑAS		CUENTO
<p>en la historia, una vez como maestro de la soñadora y en otra ocasión como protector. ¿Qué aprende la soñadora? Aprende a tejer: “Iiwa duró un año soñando con la doncella desconocida que le revelaba con sus manos, y sin pronunciar una sola palabra, más y más secretos del tejido wayuu” (p. 97). Un poco más adelante, la narración establece: “(...) traigo la palabra del creador de los sueños de Iiwa, quien te manda a decir que la princesa tiene un espíritu protector que impide que hasta en sus sueños puedan violar su encierro” (p. 101).</p> <p>La comunicadora social Vicenta María Siosi Pino, wayuu del clan Apshana, propone el tema de la desadaptación respecto de lo tradicional, en este caso de una muchacha indígena que es sacada de la rancharía con el fin de que crezca en la ciudad, bajo la tutela de unas comadres, cuya educación urbana consiste en tenerla como empleada de servicio, hasta el punto de que la desnaturalizan. La muchacha, en un sueño, anhela el lugar donde nació, ese que terminará por aborrecer en su confusión de identidad: “El cansancio ganó en la noche. ¡Soñé estar en la rancharía, que sueño tan maravilloso!” (p. 112).</p> <p>La historiadora Caridad Brito Ballesteros (Santa Marta, 1991), de la Red de Escritura Creativa Relata, presenta el cuento “Una vez más”, que se aparta del sentido preciso de los temas del territorio y sus formas de sentir la vida y la muerte, para darles un giro y verlos desde el punto de vista de un animal, el perro que aparece como narrador. Se trata de un ser que, aunque irracional, racionaliza y nos dice cómo ve a su ama, que ha sido entregada en matrimonio por compromiso, para luego separarse e irse de la casa. A pesar de la diferencia antropológica que mantiene en la narrativa respecto a sus compañeros de antología, en Caridad Brito de nuevo el sueño establece el hilo invisible. Los sueños son interpretados por el ama cuando el amo los refiere: “Tuve un mal sueño <i>mía</i>. Otra vez el caballo negro. Yo lo montaba. Iba a galope y de repente —el amo respira profundo— yo caigo en una calle” (p. 125). La mujer, como descifradora de sueños, le asegura que él ha tenido ese sueño por haber apostado y perdido la plata del jornal en la ruleta de la feria.</p>	<p>También es muy interesante la forma narrativa de tratar los mitos propuesta por la cronista con estudios en arquitectura, tallerista de Relata, Hilda Lubo Gutiérrez (Riohacha, 1966). En su cuento “El laberinto de Ícaro” reconstruye mitos griegos, entre ellos el vuelo del hijo de Dédalo. Su creativa invitación nos lleva a otro tiempo, cuando nos dice que Ícaro no acepta ninguna ayuda, y todo porque “las sustancias que prepara con la cizaña que infesta con el hongo <i>Erysiphe</i> le producen alucinaciones” (p. 135). Los sueños son deslumbramientos artificiales, y por eso se hallan en otro nivel, el de las imágenes con alucinaciones.</p> <p>Por fuera del sueño como elemento de reconstrucción de la memoria, algunos de los autores construyeron su estructura literaria con otros mundos. Sus narrativas focalizan universos que validan sus propuestas desde otros ángulos. Así, por ejemplo, Limedis Castillo Mendoza (Riohacha, 1969), en su cuento “El hombre que nada buscaba en una ciudad pequeña”, sorprende al lector con un poeta que es ladrón de lápidas de cementerio y al abrir una de las tumbas se encuentra con un muerto NN enorme, que tiene unos manuscritos y <i>El libro de arena</i> de Jorge Luis Borges. El sueño en Castillo Mendoza consiste en que hace referencia a “El otro”, el cuento de Borges en que el argentino se encuentra con él mismo para finalizar diciendo: “El otro me soñó, pero no me soñó rigurosamente”.</p> <p>El pedagogo Leonardo Raúl Brito (Hatonuevo, 1982), en su cuento “Mi amigo Antonio”, narra una historia de gitanos que llegan y establecen su Romanes Than, su hogar, a la orilla del río. La familia de gitanos de Antonio hace recordar aquella otra que llega a la aldea de veinte casas de barro con un río en cuyo lecho hay piedras enormes que parecen huevos prehistóricos: “Me acerqué detrás de la vivienda. Él estaba allí, junto a su padre labraba figuritas de cobre que parecían cobrar vida” (p. 180).</p> <p>“El timador”, de Gabriel Luna Delgadillo (Honda, 1959), desarrolla una trama donde los sueños son para salir de la pobreza. Tuvo la ocurrencia de regar oro en el arroyo para engañar a posibles compradores de su tierra.</p> <p>Román y Nora, dos personajes del cuento “La otra orilla”, del músico</p>	<p>Nelfer Velilla González (Maicao, 1990), resumen su acción, dentro de la narración, en un continuo envío de correos. Se trata de un transcurrir existencialista, no común en la escritura guajira, pero que deja entrever otras direcciones posibles.</p> <p>Emmanuel Pichón Mora (Maicao, 1967), con estudios de ingeniería de minas y metalurgia, seleccionado en una de las antologías de Relata, en su cuento “Exiliado en tierra” lleva al lector al mar, a la piratería. El narrador, de 30 años, es hijo de un español cuyo lugar de nacimiento es la isla Tortuga, paraíso de piratas. Se mete a bucanero y por ingenuidad quiere besar a una bella prisionera de su jefe Barbanegra, y este, como castigo le corta los labios. Es un tema del ayer de la península, una historia en la que no se recurre al hilo del sueño como elemento narrativo. Esto no invalida a Pichón. Solo lo ubica en otro espacio narrativo que también hace parte del Caribe guajiro.</p> <p style="text-align: right;">Álvaro Miranda</p>